

INTELECTUALES Y POLÍTICA
EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

¿La Generación clásica? Modernidad, Modernismo y la Generación del 14

MARINA DÍAZ-CRISTÓBAL

ROBERT Wohl, en su muy celebrada *The Generation of 1914*¹ argumentó, con una gran capacidad de convicción, que alrededor de esa fecha y más agudamente, a partir del final de la Gran Guerra, intelectuales por todo lo largo y ancho del continente europeo alcanzaron una conciencia generacional inédita en la Historia intelectual europea. De acuerdo con su argumento, lo que permitió a los intelectuales europeos, nacidos en las dos décadas que median entre 1880 y 1900, percibirse a sí mismos como una generación con identidad propia fue el hecho de que su juventud coincidió con los albores del siglo y después sus vidas fueron bifurcadas en un antes y un después, merced al impacto, difícil de ignorar, de la Primera Guerra Mundial. Los que sobrevivieron para ver la década de los 20 no pudieron escapar a la punzante conciencia de que en sus vidas se había producido una cesura. Según Wohl, lo que provocó que esta generación tuviera una identidad como tal, no fue solamente sus experiencias durante la guerra —y la conciencia compartida de «supervivientes»— sino también que su madurez intelectual se había producido entre dos fechas señeras: el fin de siglo y el fatídico año de 1914.

Los intelectuales españoles que en 1914 tomaron parte en el experimento cívico pedagógico de la Liga para la Educación Política encajan plenamente en el marco temporal que Wohl estableció para Europa. Asimismo, aquellos que se adhirieron a la convocatoria orteguiana compartían la misma retórica generacional y el culto a la juventud que floreció en la Europa pre-bélica, pero su «horizonte vital» es netamente distinto al de sus homólogos transpirenaicos: no recibieron su bautismo de fuego en las trincheras pero recibieron, a una edad temprana, el impacto del llamado «desastre» de 1898, que les catapultó a una precoz conciencia de la crisis política e ideológica que el país estaba atravesando. En palabras de Ortega, se trataba de una generación «que nació a la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898, y desde

¹ Robert Wohl, *The Generation of 1914*, Cambridge, Harvard University Press, 1979.

entonces no ha presenciado en torno suyo, no ya un día de gloria ni de plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia»². Esta conciencia de crisis e irremisible decadencia se vio agudizada en 1913 cuando el principio sobre el que había gravitado el sistema de la Restauración —la unidad interna de los partidos del turno— se resquebrajó y nunca más volvería a ser reconstruida. En 1914, e irreversiblemente después de 1917, el longevo sistema político español tuvo que hacer frente al descrédito y demostró su incapacidad para neutralizar la amenaza del pretorianismo y para integrar armoniosamente los nacionalismos periféricos emergentes.

La generación que en 1914 empieza a hacer sus primeras armas en la Liga había crecido contemplando la crisis española a través de los ojos de los regeneracionistas, que en la tradición arbitrista a la que sin duda pertenecen habían combinado las recetas más o menos afortunadas para salir de la postración con una retórica *degeneracionista*: la crisis se diagnostica como si de una enfermedad se tratara, una enfermedad que afecta nada menos que al alma del país, a su sustrato último. Esta generación —que en 1913 recibiría de manos de Azorín el epíteto de «Generación del 98»³— se distinguió de los más destacados exponentes de la llamada *literatura de remedios* en que estaba formada mayoritariamente de artistas y en que su diagnóstico del *problema español* fue fundamentalmente cultural y, lo que es más significativo, «incorporó facetas sobresalientes del *zeitgeist* europeo»⁴, lo que les permitió situar la decadencia española en un contexto netamente distinto al de los regeneracionistas. Pero, a pesar de este hecho que les distingue, lo cierto es que la generación del desastre compartió con los regeneracionistas la retórica degeneracionista y la mística del «alma de la raza» que alcanzó en la generación finisecular su expresión más acabada. Fue contra ella y contra el tono esencialista, nihilista y con tintes apocalípticos con los que este grupo intelectual habían abordado el llamado *problema español* contra lo que los hombres del grupo de edad de Ortega y Azaña se rebeló. Los reproches a la generación del desastre son unívocos a la altura de 1914: Ortega, Azaña, Araquistain, Pérez de Ayala, etc. reprochan a sus «padres» haber fracasado no sólo en el diagnóstico, sino en la solución de los males de la patria; se sienten decepcionados por su apuesta por el casticismo en vez de por la europeización como principio nacionalizador, por el patetismo

² José Ortega y Gasset, «Vieja y nueva política», *OC*, I, Madrid, Revista de Occidente, 1957, pág. 268.

³ Azorín, *Clásicos y modernos*, Madrid, 1913.

⁴ Rockwell Gray, *The Imperative of Modernity. An Intellectual Biography of José Ortega y Gasset*, Berkeley, University of California Press, 1989, pág. 55.

y acendrado subjetivismo con el que se enfrentaron el problema colectivo y porque perciben que la generación anterior se ha refugiado en el esteticismo y ha obviado la ardua tarea de acometer análisis políticos y sociológicos y así traer al país a *la altura de los tiempos*. En su afán de crearse una personalidad propia, la generación emergente puso el acento y exageró las diferencias con sus progenitores espirituales y a su vez resaltó los muchos puntos de coincidencia con los «abuelos» —la generación krausista de 1868—, especialmente su fe inmoderada en la «pedagogía social desde arriba» para corregir los males de la patria.

El retrato historiográfico canónico de este relevo generacional durante la llamada *Edad de plata* de la cultura española, nos devuelve una saga familiar donde los hijos adoptan posturas situadas en las antípodas de sus progenitores: frente al casticismo y la africanización, europeización sin ambages; frente al pesimismo nietzscheano, el «sentido lúdico de la vida», frente a la introversión y el subjetivismo, objetivismo y extroversión; frente al particularismo y al culto a lo irreductible y esencial, el universalismo de la cultura; frente a la abstención política, el compromiso; frente al anti-positivismo, el método científico; frente al pathos romántico, la mesura y la contención; frente a la *atrabilis* Unamuniana, el temple conciliador Orteguiano. En suma, frente a la «generación trágica», la «generación clásica»⁵.

El uso de la teoría de generaciones para explicar la evolución de la «idea de España» ha contado y cuenta con muchos y conspicuos detractores que la acusan de poner de manifiesto una «pura manía entomológica y una reprobable falta de imaginación»⁶. Ciertamente, las generaciones intelectuales pueden llegar a ser artificios contruidos *ex post facto* para imponer unidad de propósito donde sólo hubo individualidades montaraces. La llamada «Generación del 98», sin embargo, y a pesar del debate entre la crítica literaria, sobre si se trata de una generación literaria de signo modernista o no o algo más, y a pesar de aquéllos que la consideran una mera «invención»⁷, ha hecho una gran fortuna historiográfica. La «generación del 14» ha tenido sus campeones, como Marichal,

⁵ Pedro Cerezo Galán, «De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y el 14», en *Historia de España Ramón Menéndez Pidal. La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936)* XXXIX/I, Madrid, Espasa Calpe, 1993, págs. 133-265.

⁶ José Carlos Mainer, *La doma de la quimera. Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España*, Bellaterra, Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1988, pág. 215.

⁷ Véase Ricardo Gullón, *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.

pero a menudo se la subsume en la generación del desastre, alegando que no fueron tantas las diferencias entre ella y la generación anterior.

Al margen de estas consideraciones, sobre las que luego volveré, es innegable que el método generacional si se aplica de una manera mecánica y estadística puede dar lugar a aberrantes simplificaciones y falsificaciones, pero haciendo abstracción de los méritos o deméritos intrínsecos de este instrumento heurístico, lo cierto es que los hombres que a la altura de 1914 alcanzan la madurez intelectual y se agrupan en torno a empresas pedagógicas, como la Liga, periodísticas, como la revista España, o incluso políticas, como el Partido Reformista, analizaron su lugar en la historia en términos generacionales, como los «teenagers del desastre», usando la expresión de Cacho Viu⁸. Su identificación con la idea de generación alcanzó el nivel de la elaboración teórica en Ortega pero también está presente en la manera en que Azaña articuló y periodizó su análisis de la historia intelectual española más reciente en su *Tres generaciones del Ateneo*. Ortega, Azaña y aquéllos que firmaron el manifiesto de la Liga, no sólo compartían la convicción de pertenecer a una generación, sino también la idea de tener una misión generacional que cumplir, la de «persuadir a nuestros conciudadanos de que hay una patria que redimir y rehacer por la cultura, por la justicia y por la libertad»⁹.

Una de las más interesantes coincidencias señaladas por Wohl respecto a la «generación perdida» tanto en España como en el resto de Europa es que en todos los casos que él estudió —Francia, Alemania e Italia— esta misión generacional fue percibida y caracterizada en los mismos términos. La joven generación en sus respectivas versiones nacionales fue unánime en la acusación a sus antecesores —su complacencia en el pesimismo, su abulia y falta de motivación, su política de «desesperación cultural» tal y como la caracterizó Fritz Stern¹⁰—, pero, sobre todo, fueron coincidentes en reclamar para sí el derecho de convertirse en los profetas que señalarían el camino para el renacimiento nacional. Por toda Europa la nación se percibe como «débil, moralmente exangüe, como una estructura inestable que podría derrumbarse en cualquier momento»¹¹. La idea de que la nación está en crisis y

⁸ Vicente Cacho Viu, «Ortega y el espíritu del 98», *Revista de Occidente*, 48-49, mayo de 1985, págs. 9-53.

⁹ Manuel Azaña, «El problema español», en *El problema español y Apelación a la República*, Madrid, Aguilar, 1990, 7.

¹⁰ Fritz Stern, *The Politics of Cultural Dispair. A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, Berkeley, University of California Press, 1974.

¹¹ Wohl, *The Generation of 1914*, pág. 215.

que la nueva generación es la llamada a ser el heraldo de una renacida y próspera está presente por toda Europa alrededor de 1914, no sólo en Azaña y en Ortega, sino también en Prezzolini, Massis, Barrès. En definitiva, no puede achacarse a la influencia del desastre.

Sin embargo, a la altura de 1914, las similitudes entre la generación finisecular y la generación de 1914 eran notables aunque los jóvenes, tanto en España como en el resto de Europa, hicieron todo cuanto estaba en su mano para obviarlas. Este hecho —la presencia de continuidades entre las generaciones difíciles de ignorar— ha servido para dar pábulo a las acusaciones de artificiosidad a la teoría de que nos enfrentamos a grupos generacionales distintos, con diferentes utillajes metodológicos, y con una distinta visión del mundo que a su vez se manifestaría en una nueva *idea de España*. Por ejemplo, la idea de estar viviendo en tiempos críticos, no sólo en cuanto a la situación del país sino en un sentido cuasi-ontológico tiene una importancia pareja en ambas generaciones. Sin menospreciar la importancia que en el caso español la derrota colonial pueda haber jugado en la formación de estas «conciencias en crisis», usando la expresión de Carlos Serrano¹², lo cierto es que ambas generaciones se vieron afectadas por el fenómeno transnacional de la crisis del Positivismo con todas sus repercusiones epistemológicas, metafísicas y, políticas. Si Ganivet, Baroja, Azorín y Maeztu se habían referido en distintas ocasiones a la «bancarrota de los dogmas» y a la duda metodológica que habría erosionado todas las certezas como causa última de la decadencia¹³, los jóvenes también se sintieron huérfanos de certidumbres. Azaña se refirió en 1910 a la «crisis de civilización», a un momento en que «todo está en cuestión y todo está en crisis»¹⁴. Para él, el problema español podía encontrarse en la intersección formada entre la historia española —una serie de incontables errores que su generación tenía que aceptar como un oneroso lastre— y las luchas morales e ideológicas «características de la edad contemporánea». Asimismo, Pérez de Ayala cuando en 1952 escribió el prólogo para la edición argentina de su novela *Troteras y Danzaderas*, en el que declaró haber estado

¹² Carlos Serrano, «Conciencia de la crisis, conciencias en crisis», en Juan Pan-Montojo, *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, págs. 335-405.

¹³ Véase Donald Shaw, «Modernism, Idealism and the Intellectual Crisis in Spain, 1895-1910», en *Renaissance and Modern Studies* XXV, 1981, págs. 24-40. Aunque Ganivet murió antes de la derrota colonial de 1898 existen demasiados puntos de contacto entre su «idea de España» y la de la generación finisecular por lo que incluirle en su nómina, a mi juicio, no es exactamente un anacronismo.

¹⁴ Azaña, «El problema español», pág. 16.

reflexionando sobre la crisis que se había cernido sobre «la conciencia hispana desde el principio del siglo», cuando escribió esta novela en 1913, añadió que esa crisis era una manifestación de «un fenómeno histórico general en la Europa del primer cuarto de siglo» durante la cual «la conciencia individual giraba en torno al eje de la conciencia nacional»¹⁵.

La idea de que la crisis y/o decadencia española es una manifestación de un fenómeno transnacional, que de una manera simplificada podemos encapsular como la «crisis del Positivismo», como episteme está pues presente en ambas generaciones aunque, una vez más, el encargado de teorizar y dar contenido filosófico a esta creencia fue Ortega en 1916 cuando en el primer volumen de *El Espectador*, en el artículo «Nada moderno y muy siglo xx», firmó el acta de defunción del siglo xix y declaró que «el positivismo aparece hoy a todo espíritu reflexivo y veraz como una ideología contemporánea»¹⁶. Como veremos, la respuesta de ambas generaciones a la crisis y superación del paradigma positivista es distinta y casi antitética, pero por el momento es necesario poner de manifiesto que ambos grupos son herederos del fin de la confianza inmoderada en la razón y el progresivismo político, por no hablar del fin de categorías epistemológicas más esenciales como el de la metáfora del universo como máquina, con comportamiento predecible y sujeto a leyes inmutables y, lo que es más importante, cognoscibles.

Por tanto, «padres» e «hijos» compartían el empeño solidario de superar el siglo xix y con él «la mística autoridad de lo moderno»¹⁷. Esta común tarea, que acabaría resolviéndose en el plano teórico de maneras muy distintas en ambos grupos, les colocó a ambos en un incómodo dilema respecto a la idea de «modernidad»: los intelectuales españoles tanto del 98 como del 14 estaban ansiosos por modernizar el país, para así sacarlo de su postración pero, al mismo tiempo, estaban en mitad del proceso de destrucción de los pilares sobre los que la idea de modernidad había descansando, lo que dio lugar a no pocas paradojas a lo largo de sus vidas y actuaciones en la «esfera pública.» Un período donde esas paradojas resultaron más lacerantes fue durante la Primera Guerra Mundial, cuando la defensa en el frente doméstico de la causa de los aliados, empresa en la que colaboraron con igual entusiasmo los dos grupos generacionales con alguna excepción como Baroja, a menudo se articuló de una manera que podríamos ca-

¹⁵ Ramón Pérez de Ayala, «Prólogo», en *Troteras y Danzaderas*, Buenos Aires, Losada, 1952, págs. 5-21.

¹⁶ José Ortega y Gasset, «El Espectador I», *OC*, II, pág. 23.

¹⁷ *Ibíd.*, pág. 24.

racterizar como anti-moderna: no fue difícil encontrar referencias a la ciencia y al método científico —componentes indiscutibles del concepto de modernidad— como características netamente germanas, últimamente responsables de la pugnacidad de los germanos, y *ergo* despreciables e inhumanas. Para los intelectuales aliadófilos españoles de ambas generaciones, condenar a Alemania a menudo supuso condenar sin posibilidad de redención a la ciencia, y con ella un componente inexcusable de la modernidad. La *hubrys* alemana a menudo se achaca al espíritu geométrico, al que se opone el mucho más aéreo y clasicista «espíritu de discernimiento» francés, dicotomía por cierto importada de Francia, donde se usó hasta la saciedad durante el conflicto para demostrar la superioridad francesa sobre la *kultur* alemana¹⁸. Unamuno fue, sin duda, uno de los campeones de la identificación de la ciencia y el *hórrido cientifismo* con el «Satán» alemán, pero lo paradójico es que su condena encontrara eco en intelectuales como Araquistáin, que se sumaron al coro de los que denostaban la «pedantería de la eficacia»¹⁹.

La coincidencia en declarar fenecido el paradigma positivista y una más que ambigua relación con la idea de modernidad no fueron las únicas características compartidas por ambos grupos generacionales: también les unía la fe en que los «hombres de ideas» tienen el poder de revertir la decadencia nacional a través de su labor intelectual, una fe ampliamente compartida por los intelectuales europeos del período. En la generación joven esta fe fue más incondicional y ciertamente más naïve. Si Unamuno y sus pares se aplicaron a la mera crítica cultural con la esperanza de poder remover la conciencia de su audiencia, Ortega y los suyos estaban convencidos, al menos hasta que la cruda praxis demostró que estaban equivocados, que la inteligencia —entendida como capacidad analítica y como capacidad técnica— tenía el poder y la responsabilidad de influir sobre y hasta hacerse con las riendas del Estado. La contaminación entre inteligencia y política, de la cual, en opinión de Azaña, la III República Francesa sería el epítome y modelo a imitar, debería ser total y el papel de los intelectuales central en la *refacción* del estado. El papel central que Ortega y Azaña otorgaron a la *intelligentsia* en la nueva política que habría de surgir de las ruinas de la *fantasmagoría* en la que se había convertido la «vieja política» hizo que Ortega, Azaña y otros miembros de su generación fueran la primera generación de-

¹⁸ Para un magnífico análisis del frente doméstico francés durante la Gran Guerra véase Marta Hanna, *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.

¹⁹ Luis Araquistáin, *Polémica de la guerra*, Madrid, Renacimiento, 1915, pág. 168.

liberada y orgánicamente política, no ya «hombres de letras» o artistas, sino intelectuales en el sentido, no pocas veces peyorativo, que esta palabra adquirió en la Europa post *affaire Dreyfus*. E incluso algo más: como Marichal ha señalado muy acertadamente, la generación del 14 encarnó la transición entre el intelectual como moralista, o como voz discordante dentro del *establishment* para auto-investirse con la responsabilidad de ser un *constructor de naciones*²⁰.

Sin embargo, aceptar como indiscutible la tajante distinción entre una generación metapolítica —el 98— y una generación esencialmente política —el 14— sería erróneo. Si en Azaña la primacía de la política —entendida como la conquista del Estado— es una constante, en Ortega la palabra se desvirtúa y acaba significando el conjunto de actividades enderezadas al «aumento y fomento de la vitalidad de España»²¹, lo que permitió que pudieran adherirse a sus empresas llamadas «políticas» —La Liga, la revista *España*— miembros de la generación anterior como Maeztu, Machado y Unamuno, entre otros. No sólo eso, para Ortega la política siempre fue un orden subalterno de la vida, una enojosa imposición y no una vocación irrenunciable como postulan aquéllos que han querido dar por buena la idea de que el compromiso de la generación del 14 con la política fue férreo y sin ningún tipo de fisuras. En cuanto a las opciones políticas que los miembros de ambas generaciones defendieron, podría afirmarse que, aunque en torno a los años de la gran Guerra, los jóvenes coincidieron en el reformismo y en el accidentalismo en cuanto a las formas de gobierno, posiciones a las que se adhirieron al menos nominalmente miembros de la generación anterior. Ortega acabaría situándose en un liberalismo aristocratizante mientras que Azaña evolucionó hacia un democratismo radical, posiciones tan distintas entre sí como distantes están a su vez del corporativismo de un Maeztu.

Otra característica que a menudo se ha asociado con el 14 para establecer un hiato con el 98 ha sido el optimismo y objetivismo de la generación joven. Ciertamente es que los jóvenes aprendieron a odiar cordialmente el «contrapunto patético», la «lontananza tremebunda», y el «trémulo metafísico» que detectaban, acertadamente, en la generación finisecular cuando se abordaba el *problema español*. Como Mainer ha resaltado, la generación del 14 se esforzó estudiar el citado problema de una manera objetiva e incluso científica por contraponer a la «sinceridad», noventayochista, la «veracidad» clásica, cualidad más objetiva y «masculina»;

²⁰ Juan Marichal, *El intelectual y la política en España (1898-1936)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1990.

²¹ Ortega y Gasset, «Vieja y nueva política», pág. 276.

pero el hecho de que esta generación sintiera un no disimulado rechazo por el misticismo de la generación anterior, que llegaron a considerar como una forma de «teratología gnoseológica»²², no significa que lo consiguieran plenamente. En realidad, la generación del 14 nunca consiguió la separación entre los «egos» individual y colectivo y, en consecuencia, siguió abordando el problema nacional con una dosis importante de patetismo y no *sine ira et studio* como se proponían. Si Unamuno ha sido a menudo blanco de no pocas burlas por su «me duele España». Ortega no fue a la zaga cuando en sus *Meditaciones del Quijote* planteaba la pregunta lancinante de «Dios mío, ¿Qué es España?»²³. Azaña, como ha resaltado Marichal, tampoco abordó la cuestión nacional desde una prudente distancia, sino que lo vivió «in the flesh»²⁴.

Por último, me gustaría referirme a un punto que ha creado no poca polémica, que ha menudo ha servido para crear una distancia insalvable entre ambas generaciones: la famosa dicotomía «casticismo *versus* europeización». Es sabido por todos que la caracterización que ha prevalecido señala a la generación finisecular como casticista a ultranza y a sus «hijos» como europeizados o, como mínimo, europeizantes²⁵. Los protagonistas del drama se encargaron de marcar distancias con respecto a este asunto y además en un momento temprano del relevo generacional. En 1909, en el artículo de Ortega «Unamuno y Europa, fábula», en el cual acusó a Unamuno de ser el más acabado representante del «energumenismo» nacional y en el cual respondía al rector salmantino que previamente se había referido a «esos europeos» como «papanatas», Ortega escribió que en la palabra Europa «comienzan y acaban para mí todos los dolores de España»²⁶. Un año después pronunciaría Ortega la frase que para muchos se acabaría convirtiendo en la cifra de su visión del mundo y, por extensión, de su generación: «regeneración es el deseo: europeización es el medio de satisfacerlo»²⁷. En conclusión, si España es el problema, Europa es la solución.

Qué duda cabe que los hombres de la generación del 14 predicaron y aplicaron el imperativo de la europeización: viajaron, se

²² Mainer, *La doma de la quimera*, pág. 178.

²³ José Ortega y Gasset, «Meditaciones del Quijote», *OC*, I, pág. 360.

²⁴ Juan Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1968, pág. 57.

²⁵ La división entre *europeizantes* y *europeizados* fue tempranamente propuesta por Giménez Caballero para distinguir entre ateneístas —Azaña— y universitarios —Ortega. Véase Ernesto Giménez Caballero, *Manuel Azaña. Profecías españolas*, Madrid, Gaceta Literaria, 1932.

²⁶ José Ortega y Gasset, «Unamuno y Europa, fábula», *OC*, I, pág. 128.

²⁷ José Ortega y Gasset, «La pedagogía social como programa político», *OC*, I, pág. 521.

dejaron influir por corrientes de pensamiento foráneas y acabaron por llegar a la conclusión de que España vivía de espaldas a Europa, de su civilización y de sus corrientes de pensamiento, a las que «hemos de incorporarnos o dejar de existir», en palabras de Azaña²⁸. Sin embargo, los del 98 también miraron hacia Europa en busca de inspiración y la recibieron en forma de influencias visibles en sus obras como la muy acusada de Nietzsche, pero también la de Schopenhauer, el Simbolismo francés, Ibsen, D'Annunzio, etc. Como un estudioso de la generación finisecular ha señalado, los hombres del 98 fueron europeizantes, no sólo en tanto en cuanto fueron señalados por su contacto con el canon europeo del momento, sino también porque consiguieron una cierta unificación en favor del postulado político de la europeización, al menos hasta el momento del desastre, como puede inferirse de una lectura atenta de *En torno al Casticismo*, donde Unamuno clamó por una rotunda inmersión del país en una corriente de europeización²⁹.

De igual manera, afirmar que los del 14 rechazaron el «imperativo casticista» sería faltar a la verdad. A pesar de su rechazo sobre el papel a todas las formas de autoctonismo y a participar en la expedición criptopsicológica en busca de la esencia perdida de lo español y de la esencia de la raza como vía privilegiada para salir de la postración en la que, en su opinión, se habían embarcado sus predecesores, hay elementos que sugieren que la fe en la peculiaridad irreductible de lo español y en sus virtudes últimas no se ha desechado del todo. Sin ir más lejos, el Ortega de *Meditaciones del Quijote*, otorga a la raza una preeminencia ontológica sobre el individuo cuando declara que éste no puede orientarse en el universo sino a través de aquélla, «porque va sumido en ella como la gota en la nube viajera»³⁰. Pérez de Ayala también demostró una cierta ambivalencia hacia lo «castizo»: si por un lado no tenía empacho en condenar las manifestaciones de pintoresquismo que veía a su alrededor —flamenquismo, gitanismo— no dudó en alabar el género del sainete y en incorporarlo a sus novelas. En cualquier caso, y como ha señalado Angeles Prado, las expresiones condenatorias acerca del autoctonismo y del «imperativo casticista» —y no solamente en Pérez de Ayala, cabría añadir— están compensadas con ciertas recaídas en ellos, lo que hace prevalecer la impresión de que nos las habemos con una actitud ambivalente de esta generación respecto al tan traído y llevado

²⁸ Azaña, «El problema español», pág. 43.

²⁹ Hans Jeschke, *La Generación del 98. Ensayo de una determinación de su esencia*, Madrid, Editora Nacional, 1954.

³⁰ Ortega y Gasset, «Meditaciones del Quijote», pág. 361.

asunto del casticismo. Pérez de Ayala, y el resto de la nómina del 14, está preocupado por el problema de la realidad española, aunque «no está obsesionado con la búsqueda de un alma o esencia nacional» y «rechaza la manera mística de encarar el tema» en que había acabado desembocando la actitud de sus predecesores lo cual «implica un paso adelante en el proceso intelectual en que se debate el concepto de España»³¹.

Este paso adelante en la *idea de España* justifica, a mi modo de ver, el aserto de que nos encontramos ante dos generaciones distintas. Las diferencias cualitativas no se hallan, sin embargo, en su distinta visión del papel del intelectual, o en la distinta importancia relativa que atribuyen a la política o en el peso relativo que conceden a la europeización o al casticismo como principios nacionalizadores. Todas estas características no serían sino síntomas de otra diferencia esencial: si la obra de la generación del 98 había girado entorno a la búsqueda de los valores eterno y de la firmeza casticista, del «eje diamantino» (Ganivet), «lo eterno en la casta», (Unamuno), lo «típico y característico» (Baroja), o la «continuidad nacional» (Azorín), en definitiva, si habían dedicado sus vidas a la búsqueda de la «roca viva» o la «intrahistoria», la generación emergente en 1914 ha llegado a la conclusión de que esa búsqueda es infructuosa. Como he señalado anteriormente, estos hombres jóvenes que siguen el liderazgo de Ortega y Gasset comparten con sus homólogos europeos la idea de misión generacional, pero sobre todo comparten con ellos la dolorosa convicción de que la realidad se ha disuelto en meros puntos de vista, y que la posibilidad de encontrar verdades eternas e incontrovertibles, por no hablar de naciones eternas, ya no existe. Su diagnóstico de los *males de la patria*, el álgebra en que plantean y resuelven el problema, su semántica y incluso la elección de sus *tropos* y figuras de discurso delatan que participan del nuevo *zeitgeist*, que la historiografía anglosajona ha coincidido en llamar Modernista.

La generación finisecular también se vio afectada por el *colapso de las continuidades ontológicas* que la crisis del positivismo y el paradigma heredero —el Modernismo— supuso³². Sin embargo, aunque minada, la fe en los absolutos todavía colea en ellos, ya que aunque experimentaron el clima de sospecha hermenéutica con la que acabó el siglo —las nociones de legalidad y causalidad

³¹ Angeles Prado, *La literatura del casticismo*, Madrid, Editorial Moneda y Crédito, 1973, pág. 43.

³² Esta expresión fue acuñada por William Everdell en su libro *The First Moderns. Profiles in the Origins of Twentieth-Century Thought*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1997, para referirse a las características epistemológicas de la revolución modernista.

tanto como la infalibilidad de la razón venían siendo atacadas desde los últimos treinta años— no alcanzaron a experimentar de lleno la ruptura de la continuidad espacial y temporal que los desarrollos en la física de principios del siglo xx consiguieron que «todo lo sólido se convirtiera en aire»³³. Todos los pilares sobre los que había descansado la modernidad —el universo como máquina, el tiempo unidireccional y mensurable, la diferencia cualitativa entre naturaleza y humanidad— venían siendo atacadas en los últimos decenios, pero las incalculables consecuencias en todos los órdenes de semejante revolución eran más apreciables, en toda su extraordinaria complejidad y gravedad, a la altura de 1914 que durante el fin de siglo. La generación del 14 por toda Europa alcanzó la madurez en un mundo discontinuo, atomizado, incierto, con perspectiva múltiple y compuesto de «miríadas de imágenes»³⁴.

Por tanto, para el estudio de la historia intelectual española durante la Edad de Plata, independientemente de que decidamos aplicar la periodicidad generacional o no, es necesaria una identificación mayor de la existente hasta ahora con corrientes europeas de pensamiento y, especialmente, con el fenómeno del Modernismo en sentido lato, y no como fenómeno meramente estético. Las bases teóricas e interpretativas que el concepto de Modernismo provee, no sólo son adecuadas sino también necesarias para comprender cómo las dos generaciones en liza imaginaron la nación. Fue la crisis de fin de siglo, que se produjo en dos oleadas —la propiamente modernista que alcanzó a afectar a la generación del 98 y la que podríamos llamar *novecentista*, más patente en los años del conflicto europeo— la que, en último análisis, otorgó su carácter peculiar a ambas generaciones y, por consiguiente, fue su auténtico acontecimiento generacional, aunque la historiografía hispanocéntrica, en muchos respectos aún dominante, se ha empeñado en otorgar ese carácter central al llamado «desastre», para ambas generaciones, y a la crisis de la Restauración, especialmente para la generación de Ortega.

A mi juicio, la crisis nacional fue una instancia de la crisis europea que fue mucho más allá del terreno de la política o de la identidad nacional. El llamado *problema español* fue un síntoma de un fenómeno de mucho mayor magnitud y sirvió en las dos generaciones como trasfondo y como campo de experimentación para ensayar soluciones al colapso de la *continuidad ontológica* al que me he referido anteriormente.

³³ Esta expresión proviene del libro de Berman Marshall, *All that is Solid Melts into Air: The Experience of Modernity*, Nueva York, Viking Penguin, 1988.

³⁴ Ramón Pérez de Ayala, «Belarmino y Apolonio», en *OC*, IV, Madrid, Aguilar, 1964-1969, pág. 16.

MODERNISMO Y EL NUEVO ZEITGEIST

Astradur Eysteinnsson escribió en el libro que dedicó a desbrozar los muchos significados que normalmente se asocian con el concepto de Modernismo que, a pesar de los paralelismos existentes entre los conceptos del Modernismo en el mundo hispánico y en el anglosajón, las diferencias son tantas que se puede garantizar que se está hablando de dos cosas completamente diferentes. Además, «el uso del concepto en el criticismo hispano, aunque se estableció tempranamente, virtualmente no ha tenido ninguna influencia en la formación de los paradigmas críticos del Modernismo que voy a discutir»³⁵. Esos paradigmas eran, lógicamente, los del Modernismo europeo.

Esta apreciación recoge dos hechos a tener en cuenta: primero, que el término como tal se usó en el ámbito hispano muy tempranamente —según otro historiador del fenómeno el término Modernismo fue utilizado por primera vez por Rubén Darío y una publicación literaria chilena en la cual alababa las cualidades modernistas del escritor mexicano Roberto Contreras³⁶— pero lo fue asociado a una manifestación estrictamente literaria, en concreto la versión dentro de las letras hispanas de la boga parnassiana y decadentista.

Desde los años 90 del siglo XIX hasta al menos la década de los 20 del siglo siguiente, cuando el término comenzó a ampliar su significado, el concepto de Modernismo en el ámbito del criticismo hispano se vio circunscrito así al dominio de la *ars poetica*. Las características que se asociaban con él eran la introducción de innovaciones métricas y estróficas —como el uso de versos anti-musicales—, una cierta afectación o manierismo, y una cierta inclinación a lo exótico. En sus albores, por tanto, el término se resolvió en mero esteticismo o en «voluntad de estilo.» Los poetas modernistas no eran bien mirados por sus contemporáneos, que los acusaban de imitar innovaciones foráneas y de ser *modernólatras*, vale decir, de idolatrar todo lo que llevara el marchamo de *moderno*.

En aquel temprano momento se consideró que el poeta modernista sólo se debía a la belleza y, en consecuencia, ser modernista implicaba una importante dosis de abstención respecto a los asuntos políticos y sociales del día. Los modernistas estaban con-

³⁵ Astradur Eysteinnsson, *The Concept of Modernism*, Ithaca, Cornell University Press, 1990, pág. 12.

³⁶ Matei Calinescu, *Faces of Modernity: Avant-Garde, Decadence, Kitsch*, Bloomington, Indiana University Press, 1977, pág. 71.

denados a vivir encerrados en la famosa «torre de marfil», lo que avanzado el siglo y con el beneficio de la retrospectiva, llevó a algunos autores a afirmar que la generación del 98, por definición, no pudo ser modernista³⁷.

Las vicisitudes que el término Modernismo ha experimentado en el ámbito español en los últimos cien años son demasiadas para consignarlas aquí, pero baste decir que, con el paso de los años, la idea de Modernismo fue cambiando y ampliando su ámbito: progresivamente pasó de ser considerado una escuela poética, a ser considerado un movimiento literario —Valle Inclán se refirió a él en 1902 no solamente como una moda poética destinada a la obsolescencia sino como a un movimiento literario caracterizado por la búsqueda de la «palabra esencial», de la autenticidad en la expresión—³⁸, a ser considerado una «actitud», y, por último, una «época». Fue Federico de Onís en 1952 el que amplió definitivamente el significado del concepto para hacerlo abarcar terrenos no sólo estéticos y así hacerlo equiparable *mutatis mutandis* a lo que la historiografía anglosajona entendía y entiende por Modernismo. En 1952 afirmó que el modernismo es nada más y nada menos que la forma que en las letras hispanas adquirió «la crisis espiritual universal que empezó alrededor de 1885 y que se manifestó en arte, ciencia, religión, política y gradualmente, en todos los órdenes de la vida»³⁹.

Desde ese momento puede afirmarse que el concepto «epocal» del Modernismo triunfó sobre el concepto meramente estético, como los numerosos trabajos de Ricardo Gullón y Lily Litvak demuestran. En el terreno de las definiciones, la idea de que el Modernismo, hispano o no, es equivalente a una rebelión contra todo lo que la Modernidad significa y que esa rebelión se produce al menos en tres órdenes —contra el naturalismo y el realismo; contra el Positivismo y contra los valores burgueses del *conformismo* y la *hipocresía*— ha sido plenamente aceptada. Sin embargo, y paradójicamente, el Modernismo sigue evocando fenómenos literarios o estéticos y rara vez se aplica en el ámbito hispano a otras manifestaciones culturales. Por si esto no fuera poco, las corrientes autoctonistas que se han obcecado en aislar la historia inte-

³⁷ Dos de los autores que han defendido esta postura, aunque con distintos grados de sofisticación teórica, fueron Guillermo Díaz Plaja, *Modernismo frente al 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1951; y Pedro Salinas, «El problema del Modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 73, 1956, págs. 40-56.

³⁸ Ramón del Valle Inclán, «Modernismo», *La Ilustración española y americana*, febrero de 1902, pág. 114.

³⁹ Federico de Onís, «Sobre el concepto de modernismo», en Homero Castillo, *Estudios críticos sobre el Modernismo*, Madrid, Gredos, 1968, pág. 37.

lectual española de su ámbito natural, probablemente motivados por una necesidad de resistirse a lo que aun autor ha llamado «la hegemonía del criticismo anglófono»⁴⁰, ha aislado la evolución cultural española, alegando que respondía a estímulos propios y esto ha provocado que la idea de Modernismo siguiera evolucionando y precisando su significado, mientras en España siguiera utilizándose en un ámbito muy restringido.

En Europa el concepto de Modernismo también sufrió las mismas peripecias que en el ámbito hispano y, de alguna manera, todavía se conserva la división binaria entre el Modernismo como teoría literaria y el Modernismo como *zeitgeist*. Para los que lo consideran un fenómeno literario, el Modernismo representa una estética revolucionaria, un experimento artístico de libertad creativa y de pureza de forma. La revolución modernista habría significado, para este grupo de autores, el abandono del Realismo y el reto a la idea de que el artista se debe a su sociedad y tiene una cierta responsabilidad hacia ella. Bajo esta perspectiva, el Modernismo viene a ser un sinónimo de Avant-Garde⁴¹. Sin embargo, para otra corriente historiográfica el Modernismo designaría un giro paradigmático, una revuelta contra las tradiciones no sólo estéticas, sino filosóficas y científicas imperantes en Europa Occidental a finales del siglo XIX. Según estos autores, el Modernismo es una noción inclusiva que abarcaría fenómenos conceptualmente distantes y que implicaría «la negativa a comunicarse según contratos socio-semánticos establecidos y supondría la reinención de la modernidad»⁴².

El nacimiento del Modernismo supone el nacimiento de una nueva época, una era de «incommensurabilidad», como un autor la ha llamado⁴³, que supuso una revolución cultural de proporciones difíciles de exagerar. Durante los años que van de 1880 a 1914, todas las categorías del pensamiento humano se vieron subvertidas: la gente empezó a *ver* el mundo de una manera diferente, en el sentido más literal de la expresión. La ortodoxia decimonónica había descansando sobre las ideas de objetividad, uniperspectivismo, tiempo homogéneo e irreversible y espacio continuo, pero el impacto de desarrollos en las ciencias, en la tecnología y en las artes aniquiló esas

⁴⁰ Nelson R. Orringer, «Redefining the Spanish Silver Age and '98 within it», en *Anales de la Literatura española Contemporánea*, 23, 1998, pág. 318.

⁴¹ Entre estos autores destacan Michael Levenson, *A Genealogy of Modernism. A Study of English Literary Doctrine, 1908-1984*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984; y Peter Burger, *Theory of the Avant-Garde*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1984.

⁴² Everdell, *The First Moderns*, pág. 23.

⁴³ Roland Stromberg, *Redemption by War. The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regents Press, 1982.

nociones que, de repente, se convirtieron en vestigios de un pasado irrecuperable. En 1914, cuando la «Pax Europa» se derrumbó para dar paso a cuatro años de carnicería, la episteme positivista-newtoniana se había derrumbado, la *malaise* del fin de siglo había penetrado el tejido social y los artistas ya habían abandonado la narración lineal. Hasta un cierto punto, el frenesí belicoso de agosto de 1914 puede interpretarse como la manifestación más acabada del rechazo a las corrientes de pensamiento hegemónicas antes de que la guerra estallara: las utopías ilustradas, el racionalismo kantiano, el positivismo comteano y el liberalismo individualista.

El Modernismo, como nuevo *zeitgeist*, tuvo repercusiones políticas que se harían notar a medida que el siglo progresaba, pero también tuvo repercusiones ontológicas y epistemológicas que afectaron a las categorías más esenciales del pensamiento, a los a-prioris: los conceptos de tiempo y espacio. El asalto contra la concepción newtoniana de ambas dimensiones había recibido un impulso definitivo entre 1872 y 1905. Entre esas dos fechas, tres desarrollos fundamentales en matemáticas y física crearon una nueva «ortodoxia»: en 1872 Dedekind definió el continuo numérico y Cantor descubrió los conjuntos infinitos; dos años más tarde Boltzmann formuló sus leyes de la termodinámica y acuñó el término «entropía» que años más tarde vendría a ser recogido por las llamadas «teorías del caos». Por último, en 1905, Einstein formuló la Teoría Especial de la Relatividad. Todos estos principios atacaron las nociones de certidumbre, causalidad, orden, e irreversibilidad de la línea del tiempo⁴⁴. Desde el principio del siglo, tanto el tiempo como el espacio son categorías fluyentes, cuasi-subjetivas. El triunfo de la subjetividad multiplica los puntos de vista y el narrador omnisciente ya no tiene cabida. La multiplicación de perspectivas es otra consecuencia de esa quiebra de certidumbres: la única manera de alcanzar la verdad en ese mundo atomizado e incierto es ensamblando perspectivas.

El concepto bergsoniano de *duración* —la idea de que el tiempo no sólo no es lineal y unidireccional como predicaba Einstein, sino que tampoco es una variable cuantitativa compuesta de unidades mensurables sino un continuo en el que no pueden existir saltos ni cesuras—, la gran metáfora del *stream of consciousness*, creada por William James pero muy joyceana, la fenomenología de Husserl, la llamada *lebensphilosophie* forman parte de la nueva «ortodoxia», tanto como el perspectivismo de Ortega.

⁴⁴ Para un interesantísimo y muy imaginativo análisis del giro copernicano que se produjo a principios del siglo xx en cuanto a la noción de tiempo se refiere, véase Stephen Kern, *The Culture of Time and Space, 1880-1918*, Cambridge, Harvard University Press, 1996.

El 9 de abril de 1915 Ortega dio una conferencia en el Ateneo sobre la perspectiva cervantina. En esa ocasión dijo que «no existe otra manera de comprender íntegramente al prójimo que esforzarse en reconstruir y adivinar su paisaje, el mundo hacia el cual se dirige y con quien está en diálogo vital (...) Esta es, señores, la manera cervantina de acercarse a las cosas: tomar a cada individuo con su paisaje, con lo que él ve, no con lo que nosotros vemos; tomar a cada paisaje con su individuo, con el que es capaz de sentirlo plenamente. Así, Don Quijote, para concluir la inacabable discusión, dice a Sancho: “Y en fin, eso que a ti te parece bacía de barbero a mí me parece el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa”»⁴⁵.

De nuevo, en 1916 volvió sobre el perspectivismo pero sin escudarse en Cervantes para afirmar que «la realidad no puede ser mirada sino desde el punto de vista que cada cual ocupa, fatalmente, en el universo. Aquélla y éste son correlativos, y como no se puede inventar la realidad, tampoco puede fingirse el punto de vista»⁴⁶.

Cuando Ortega pronunció estas palabras, el conocimiento absoluto y cierto no era ya posible. Esto es lo que le llevó a hacer de la necesidad virtud aseverando que el conocimiento absoluto es necesariamente una falsificación y que la verdad con mayúsculas debe ser reemplazada por la verdad desde nuestra perspectiva limitada.

La misma convicción de hallarse en un mundo repentinamente privado de certidumbres apareció reflejada en la novelística de Pérez de Ayala. En 1921, en su novela *Belarmino y Apolonio*, una sátira de la oscuridad y hermetismo de la poesía moderna, Pérez de Ayala dio consistencia narrativa a la transición entre el viejo y el nuevo mundo. Las disquisiciones de Don Amaranto en el primer capítulo de la novela acerca del devenir del conocimiento humano desde una percepción integrada del universo hasta llegar a la fragmentación de la ciencia moderna —«cada ciencia, de por sí es una abdicación al conocer íntegro»⁴⁷, dice el protagonista— se completan en los capítulos siguientes con una ejemplificación del perspectivismo narrativo. El autor y narrador renuncia a ofrecer una única visión de cuanto acontece, demostrando de paso cómo la realidad es modificada de acuerdo a la perspectiva desde la cual es contemplada.

⁴⁵ José Ortega y Gasset, «Temas del Escorial», *Mapocho*, IV, 1965, págs. 8-9. Citado por Philip Silver, *Fenomenología y Razón Vital. Génesis de «Meditaciones del Quijote» de Ortega y Gasset*, Madrid, Alianza, 1978, pág. 132.

⁴⁶ José Ortega y Gasset, «Verdad y perspectiva», *El Espectador*, I, OC, II, pág. 19.

⁴⁷ Pérez de Ayala, «Belarmino y Apolonio», OC, IV, pág. 15.

El compromiso de la nueva generación con las implicaciones de todo tipo del nuevo *zeitgeist* fue más allá del terreno de la narrativa y alcanzó de lleno la que era su preocupación más acuciante: el problema nacional. La forma en que diagnosticaron el problema español y las soluciones que propusieron para salir del estancamiento lo atestiguan. Como he dicho anteriormente, la invocación de Unamuno a las profundidades eternas de la intrahistoria y la apelación de Ganivet al *genio* de la raza habían puesto de manifiesto su fe en la existencia de un carácter nacional inmutable y suprahistórico. La joven generación rechaza la noción de inmutabilidad y eternidad casi como imposibilidades lógicas. Las ideas de fluidez, relativismo y atomización de la experiencia las sustituyen.

Privados de la posibilidad de hallar verdades incontrovertibles y eternas y a la vez impelidos a cumplir su misión generacional de ensayar sus «experimentos de nueva España», estos jóvenes intelectuales imaginaron la nación en una manera perspectivista y bergsoniana.

LAS NUEVAS METÁFORAS DE LA NACIÓN

Douwe Fokkema y Elrud Ibsch, en su libro *Modernist Conjectures*, le dedicaron un no despreciable número de páginas al estudio de lo que llamaron el «código modernista»⁴⁸. De acuerdo con estos autores, éste o cualquier otro código lingüístico puede ser entendido como una selección concreta de entre una amplia gama de opciones semánticas y sintácticas a disposición de un grupo dado de autores y que, en último análisis, determina su pertenencia a un canon dado. En su investigación de la semántica modernista, descubrieron que las obras que seleccionaron conformaban un corpus diferente de cualquier otro conjunto de obras de carácter simbolista o realista por la ubicuidad del concepto de *incertidumbre* y todas las palabras de su campo semántico y por la abundancia del término *perspectiva* y todas las pertenecientes al suyo. La conclusión a la que llegaron estos autores fue que la condición de modernista suponía desconfiar del determinismo y mirar el universo narrativo desde diferentes puntos de vista.

Este trabajo es deudor de lo que se ha convenido en llamar el «giro cognitivo» en el estudio de la tropología, de las figuras de discurso. Hasta prácticamente los años 60 del siglo pasado, el len-

⁴⁸ Douwe Fokkema y Elrud Ibsch, *Modernist Conjectures. A Mainstream in European Literature, 1910-1940*, Nueva York, St Martin's Press, 1988.

guaje figurativo se había considerado una estrategia de embellecimiento, un mero artilugio retórico, más enderezado a ocultar que a revelar. Pues bien, el mencionado «giro cognitivo», que, incidentalmente, fue anticipado por Ortega en 1925⁴⁹, supuso que los tropos y las elecciones semánticas en general dejaran de considerarse como meras figuras de discurso para empezar a revelarse como *figuras de pensamiento*. En otras palabras, la elección de símiles, metáforas o la predilección por determinados campos semánticos nunca es inocente; antes bien, es reveladora de una visión del mundo.

Las elecciones semánticas que la generación del 14 hizo, tanto como las comparaciones figurativas que usaron para referirse a la nación, revelan que pertenecen al canon modernista. En otras palabras, el particular «sociolecto» de esta generación, al menos hasta donde concierne al problema de España, es modernista y precisamente por esa razón les distingue claramente de la generación precedente.

Si el problema español se había diagnosticado hasta ese momento en términos de degeneración o de pérdida de esencia, sólo recuperable estudiando la sociedad española «en su centro»⁵⁰, o intentando atrapar su «fuerza dominante y céntrica»⁵¹, la generación siguiente diagnostica los problemas de la nación en términos de fragmentación y polarización.

Desde 1910, cuando Azaña publica «El problema español» donde ya están presentes muchas de las características que cabe atribuir a su generación en su conjunto, hasta el final de la Gran Guerra y más allá, son muchas las fuentes en que podemos rastrear el *élan* de esta generación emergente. Durante estos años vemos tomar forma a esta teoría modernista de la nación en el tratado fenomenológico orteguiano *Meditaciones del Quijote* y en las *Novelas Poemáticas* de la vida española de Pérez de Ayala, en los manifiestos pro-aliados, etc. Una de las características fundamentales de estos distintos canales de comunicación es que sea cual sea la forma elegida para dirigirse a la audiencia, el género se disuelve en discurso, y en discurso acerca de la nación. La novela, el manifiesto o el tratado filosóficos son utilizados con igual fruición para disertar sobre la nación.

Y en todos ellos hay una premisa compartida: no hay un destino o alma nacional que espera ser redescubierto bajo la mon-

⁴⁹ «Es la metáfora un suplemento a nuestro brazo intelectual, y representa, en lógica, la caña de pescar o el fusil». José Ortega y Gasset, «Las dos grandes metáforas», *El Espectador*, IV, OC, II, pág. 391.

⁵⁰ Miguel de Unamuno, «En torno al casticismo», OC, I, Madrid, Escelicer, 1966-1971, pág. 859.

⁵¹ Ángel Ganivet, «Idearium español», OC, I, Madrid, Aguilar, 1962, pág. 211.

taña de escombros de la Restauración. La solución al problema español no está al final del camino a la regeneración, sino a la integración. Por ejemplo, Azaña señala la fuente del atraso español en el exceso de cabilismo o localismo que detecta en la sociedad española y que se resuelve «en un sentimiento de hostilidad y hosquedad de lugar a lugar, de ciudad a ciudad, de región a región, que se niegan a comprender sus respectivas ideas y aspiraciones particulares haciendo imposible su conciliación superior»⁵². La noción de fragmentación reaparece siete años después y de una forma más sofisticada cuando Azaña atribuye la causa de la existencia de simpatías germanófilas en España a la «atomización del espíritu público»⁵³.

En 1923 Ortega llevará esta imagen un poco más lejos en su *España invertebrada*. En esa obra, la España del momento aparece como el epitome del más atroz particularismo, seccionalismo, separatismo, en definitiva, atomización. Para superar «la invertebración histórica» Ortega clama por una labor de reconstrucción, de vertebración, de integración.

Pérez de Ayala también coincidía con esta caracterización. En 1915, identificó el *partidismo* y el *cabileñismo* como dos de las perversiones más llamativas del espíritu público español⁵⁴. Asimismo, en las novelas que escribe en el período señalado anteriormente el problema de la fragmentación se traslada a la esfera individual. Alberto Díaz del Guzmán, su protagonista, aparece como el intelectual alienado del siglo XIX, víctima de la pérdida de la fe en todos los absolutos. La labor del autor no es otra que imponer una visión unitaria a la vista de la fragmentación intrínseca de la realidad. Para el creador literario modernista, la reacción estética es el único medio de superar la desconexión; para los «hombres de 1914», la pedagogía social y la apelación a la inteligencia y a la experimentación son los únicos métodos posibles para volver a conectar la «España vital» con la «España oficial».

La misión que la joven generación se otorga a sí misma no es, por tanto, descubrir una «España eterna» sino revitalizar la existente superando la fragmentación de sus elementos. La «España vital» no podía ser encontrada en el pasado, reactualizando pasadas glorias y devolviendo la vida a rasgos caracteriológicos inmutables, como el Senequismo de Ganivet. Y es que la generación finisecular todavía es deudora de una concepción del tiempo que podríamos calificar de hegeliana, como ha hecho un autor⁵⁵.

⁵² Azaña, «El problema español», pág. 21.

⁵³ Manuel Azaña, *Las razones de la germanofilia*, Madrid, Ateneo, 1917, pág. 26.

⁵⁴ Ramón Pérez de Ayala, «El cabileñismo», *La Tribuna*, marzo de 1915.

⁵⁵ Cecilio de la Flor Moya, *Angel Ganivet y la teoría del conocimiento en la España de Fin de Siglo*, Granada, Excma Diputación Provincial, 1982.

Según este autor, Ganivet y, por extensión, la Generación del 98 se caracterizan por propugnar la existencia de un espíritu que ha existido siempre, que es buscado en el pasado en el *presente histórico*, ya que la estructura de la existencia histórica es tal «que todos los elementos del todo coexisten siempre en el mismo tiempo en el mismo presente»⁵⁶. Curiosamente, Pérez de Ayala comentaba en 1916 el exceso de *presentismo* en Azorín, un defecto que, según Pérez de Ayala, no era accidental o estilístico, sino que delata su forma de ser, que le llevaría a pensar que «una inteligencia y sensibilidad cultivadas sólo existen en el tiempo presente»⁵⁷.

La generación del 14 deja atrás esta concepción del tiempo y la sustituye con una de acuerdo con la época. La clave para la regeneración no está en la restitución de un pasado incontaminado y eterno sino en dejar que el pasado fecunde al presente, para así construir un nuevo futuro. El tiempo histórico es fluido, cambiante, continuo, bergsonianos.

¿LA GENERACIÓN CLÁSICA?

Quizá haya llegado el momento, anticipado por muchos, de prescindir de la teoría generacional para explicar el cambio intelectual y la evolución en las concepciones del mundo. Pero prescindamos o no de este instrumento, vamos a tener que seguir explicando cómo los sistemas de pensamiento colapsan y son superados. En definitiva, nos vemos abocados a explicar el cambio y cómo y por qué se produce y la teoría de las generaciones, aplicada sin rigidez, es, en mi opinión, un método tan idóneo o defectuoso para conseguir este propósito como cualquier otro.

Lo que si tiene un carácter imperativo, en cuanto a la historia intelectual española de principios de siglo se refiere, y decidamos o no explicarla en términos generacionales, es situarla en un distinto contexto del que se ha utilizado tradicionalmente. La evolución intelectual de esa época en nuestro país no puede y no debe explicarse de una manera solipsista, en clave española, dando así pábulo a la teoría, tan digna de ser desterrada, de la «excepcionalidad» española. La concepción del Modernismo como época o como *zeitgeist* es, en mi opinión, el trasfondo adecuado para estudiar ese período de la historia intelectual española.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 60.

⁵⁷ Ramón Pérez de Ayala, *Ante Azorín*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1916, página 103. Citado por Roberta Johnson, *Crossfire. Philosophy and the Novel in Spain, 1900-1934*, Kentucky, The University Press of Kentucky, 1993, pág. 75.

Este macroconcepto ha establecido vínculos poderosos entre fenómenos de toda índole —científicos, filosóficos, estéticos— y ha demostrado que provienen de un mismo origen. Si consideramos como modernas todas las manifestaciones espirituales de entusiasmo por las construcciones racionales y como modernista la actitud de desconfianza o descreimiento hacia la razón, el empiricismo y el Positivismo, entonces, ambas generaciones intelectuales —98 y 14— pueden considerarse modernistas. La Generación del 98 ejemplifica muchas de las características que la historiografía ha identificado como rasgos fundamentales de la «primera ola» del movimiento modernista: anti-realismo, esteticismo, subjetivismo, transcendentalismo y decadentismo. Sin embargo, su *pathos* trágico, tanto como su irracionalismo religioso, les emparentan con el movimiento Romántico. Por no hablar de su concepción de la nación como *volk*, de filiación netamente romántica.

Como hipótesis podría proponerse, pues, que nos hallamos en la presencia de una generación tardoromántica o imperfectamente modernista que aún conserva una cierta fe en el determinismo, como demuestra su creencia de que aún es posible rescatar y resucitar rasgos nacionales invariables.

La Generación del 14, sin embargo, es alcanzada de lleno por la «segunda ola» del Modernismo, que se encargó de destruir por completo todas las certezas epistemológicas en las que había descansado la Modernidad, incluidas las que conciernen a las categorías fundamentales de la experiencia, tiempo y espacio. Esta generación sintió el abismo bajo sus pies y su apuesta por el clasicismo —por la integración, por la armonía, por la superación de la atomización e invertebración histórica— es su particular respuesta al *colapso de la continuidad ontológica* que he mencionado anteriormente. Clásica, sí, pero a fuer de modernista.

RESUMEN

La historia intelectual española de fin de siglo se ha construido tradicionalmente en clave española. Este artículo es un intento de remediar este enfoque reduccionista explorando las influencias europeas en la llamada «Generación del 14» en España, proponiendo como hipótesis que dichas influencias —de carácter modernista— son responsables de las diferencias entre la obra de esta generación y la precedente, la «Generación del 98» y que, en última instancia, fueron esas influencias las que le otorgaron su carácter de «generación clásica».

ABSTRACT

Traditional historiography of Spanish *fin-de-siècle* Intellectual History has generally focused on inherently «Hispanic» developments. This paper attempts to remedy this reductionist approach by exploring European influences on Spain's Generation of 1914, arguing precisely that such influences —Modernist in nature— distinguished this generation's work from that of its predecessors and ultimately lent it its classical tenor.

Marina Díaz-Cristóbal es licenciada en Ciencias Políticas y Sociología. En este momento ultima su tesis doctoral sobre «El Modernismo y la Generación del 14» en el Departamento de Historia de Tufts University.